

**HISTORIA Y EDUCACIÓN
OBSERVACIONES SOBRE UNA CULTURA
DECADENTE Y UNA CULTURA ASCENDENTE**

*History and education
Observations about a decadent culture and an ascending culture*

Renato Aircardi Alegría¹
Universidad de Chile
renatoaicardi@gmail.com

Resumen

A partir de la segunda intempestiva nietzscheana, *De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida*, se intentará abordar la problemática de la educación –desde una perspectiva de la enseñanza de la historia– considerando cuáles son sus fines y cuáles sus vicios, entendiendo, junto con el filósofo alemán, que la noción de una educación radicalmente docta sólo contribuye al embotamiento de la cultura, a diferencia de, y esa es la propuesta, una educación basada en la experiencia vital de los individuos.

Palabras clave: Historia, Educación, Cultura, Historicismo

Abstract

From the second nietzcheanan untimely meditation, «On the use and abuse of history for life», the predicaments of education will be attended –from the history teaching perspective– considering what the purposes and its vices are, understanding, along with the German philosopher, that the notion of a radically erudite education only contributes to the dulling of culture, unlike, and this is our proposal, an education based on the vital experience of individuals.

Key words: history, education, culture, historicism

¹Licenciado en Educación/Profesor de Estado en Filosofía, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Magíster en Filosofía, Universidad de Chile. Doctorando en Filosofía, m/Filosofía Moral y Política, Universidad de Chile.

1

En su segunda intempestiva de 1874, titulada *De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida*, Friedrich Nietzsche se valdrá del análisis de la historiografía de su época para denunciar, algo que rebasa ampliamente el campo de la sola historia y que bien podríamos constatar hoy, aun teniendo en cuenta las evidentes transformaciones culturales acaecidas. Esta querrela nietzscheana es en términos simples un ataque a las pretensiones culturales de la modernidad y los círculos intelectuales europeos de la última mitad del siglo XX, pretensiones que podrían resumirse como la arrogante idea de ser —esa misma cultura— el fruto maduro de un proceso de siglos que tendría por destino ser el Fin de la Historia, tal como se entiende en un sentido hegeliano.

En verdad, la creencia de ser un vástago tardío de los tiempos paraliza e inhibe: pero ha de mostrarse terrible y destructivo que tal creencia llegue de pronto, en una inversión audaz, a exaltar a este vástago tardío como el verdadero sentido y fin de todo lo acontecido anteriormente y que su miseria consciente se presente como culminación de la Historia universal (Friedrich Nietzsche, 2011: 733)

Algo que a todas luces choca no sólo con las nociones históricas del propio Nietzsche, sino que con las mismas “enseñanzas” que la historia nos ha dejado, si se la analiza con la paciencia y medida que requiere tal tarea.

En el segundo y tercer párrafo del texto citado, Nietzsche establece tres modos de entender la historia. En primer lugar me referiré a la *historia monumental*, que parece ser la más significativa, en tanto es la historia de la grandeza, la que si bien adolece en algún grado de falta de objetividad, es aquella que remite a la grandeza del pasado como una forma de salir del ahogo del presente (en especial el de Nietzsche), pero que siempre corre el riesgo de devenir en pura ficción poética; luego se designa una *historia anticuaria*, “momificadora”, coleccionista de acontecimientos pasados, la que como mucho aporta ejemplos a seguir, pero que a fin de cuentas no es capaz de crear historia, limitándose sólo a contarla; y por último tenemos la *historia crítica*, significativamente coherente con la modernidad y por lo tanto significativamente alejada de las consideraciones nietzscheanas², pues es justamente la historia crítica una especie de consuelo del soberbio hombre moderno para justificar la injusticia del pasado para, de ese modo, hacerse él mismo el juez de la historia absoluta y, de paso, de la humanidad.

²Sin embargo, cabe indicar que una Historia ascendente para Nietzsche, en el sentido de que fortalezca a los hombres, puede comprenderse como una historia crítica, pero lejos de las pretensiones finalistas de la modernidad, la propuesta nietzscheana se orienta más bien hacia la premisa de que la Historia es el sostén de cómo se llega a ser lo que se es, un tópico frecuente en la filosofía de madurez de Nietzsche.

Es en este contexto que Nietzsche lanza uno de sus primeros ataques a la modernidad entendida como la arrogante aspiración de explicar el mundo y la historia desde su cegada perspectiva, aspiración también de convertirse en una suerte de conjurador de la humanidad y arquitecto de su futuro, lo cual tendrá pesadas consecuencias no sólo en el estudio de la historia, sino que en la educación de las nuevas generaciones.

2

La arrogancia moderna sería, en principio, la incapacidad de reconocernos en tanto humanos como una azarosa y limitada especie de vida. Ya en uno de sus primeros ensayos, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, está prefigurada esta característica en sus primeras líneas:

En un apartado rincón del universo, que centellea desperdigado en innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que unos animales astutos inventaron el conocer. Fue el minuto más arrogante y mentiroso de la ‘historia universal’: pero, a fin de cuentas, fue sólo un minuto. Después de que la naturaleza respirara unas pocas veces, el astro se heló y los animales astutos tuvieron que perecer (Friedrich Nietzsche, 2011: 609).

Primer punto de desencuentro entre lo que “sabemos” y lo que “somos”. Soberbia –quizás provocada por nuestra propia desnudez frente al *cosmos*–, necesidad de una máscara, o mejor aún, de una armadura. El espíritu moderno, creador de un nuevo antropocentrismo racional, no opuesto en su totalidad, pero sí en un camino distinto de lo que podríamos llamar el antropocentrismo trágico del griego antiguo³, se afana en la búsqueda de la verdad, y ese afán lleva a que la cultura deje de educar a las nuevas generaciones en el sentido de buscar las verdades en la existencia activa de los hombres, para encontrar una arbitraria Verdad en la acumulación de supuestos conocimientos irreductibles pero que, al fin y al cabo, no son más que determinaciones de la voluntad de los hombres de una época específica.

Dicho de otra manera, para el hombre moderno, para su cultura, la historia sólo se hace soportable en la medida que puede amoldarse a sus consideraciones escatológicas de que la humanidad se encontraría *ad portas* del Fin (racional) de la Historia, o en las famosas palabras kantianas que dan el título a uno de sus ensayos sobre el tema, que el género humano se hallaría de camino hacia lo mejor. Consideraciones que se

³Con mayor precisión, y jugando con las palabras, tendríamos que hablar de un antropo-teo-fisio-centrismo, en el entendido de que el heleno concibió el *cosmos* como una indefectible reunión de dioses, hombres y naturaleza.

apropian de la educación de los jóvenes, para quienes su energía deja de orientarse hacia la construcción del futuro surgido de sus propias fuerzas y voluntades, energía que de cierta manera es neutralizada y puesta al servicio del paso de Dios por el mundo, como lo asume la filosofía hegeliana. Neutralización de la educación-formación⁴, afirmación de la inyección de conocimientos estériles y cándidamente elevados a la dignidad de redentores de la historia, en tanto la comprenden (pasado y futuro) sólo desde sus particulares aspiraciones.

...pero el ser un humano y, sin embargo, tratar de elevarse desde la leve duda hacia la estricta certeza, desde la tolerante indulgencia hacia el imperativo ‘tú debes’, desde la rara virtud de la generosidad hacia la rarísima de la justicia, el asemejarse ahora, habiendo sido desde el inicio nada más que un pobre ser humano, al citado demon y, sobre todo, el tener que expiar en carne propia en todo momento su humanidad y consumirse trágicamente en una virtud imposible –todo esto lo exalta a solitaria altura, como el ejemplar más venerable del género humano; pues quiere la verdad, pero no meramente como frío conocimiento, sin consecuencias, sino como juez que ordena y castiga, no como posesión egoísta del individuo, sino como santa justificación para desplazar todos los mojones fronterizos de las posesiones egoístas; en una palabra, quiere la verdad como tribunal del mundo, y en modo alguno la quiere, por así decirlo, como presa y deleite de cazador individual (Friedrich Nietzsche, 2011: 719).

No obstante todo lo anterior, el hombre sigue siendo un organismo vivo compuesto de pasiones, deseos, instintos, razón, etc., (años más tarde todo ese compuesto que es el hombre lo resumiría Nietzsche, en alguna medida, bajo la noción de voluntad de poder), concepción radicalmente opuesta a la de la modernidad que supedita al hombre a ser la culminación de un plan (divino o racional, en este caso no importa), y no un constructor de sí mismo, un puente tendido hacia el futuro, y también, utilizando una metáfora, una veleta expuesta a las cambiantes fuerzas del viento.

3

¿Pero cómo es que esta concepción de la historia –lineal, con un sentido y meta racional y, de cierta manera, predeterminable– afecta de modo perjudicial la formación de las

⁴Una idea de educación-formación en Nietzsche, si bien es materia de un desarrollo mucho mayor, se entiende aquí en una doble determinación: primero, como rechazo de la educación en tanto mera instrucción a través de contenidos preestablecidos; y por otra parte, en su sentido positivo, como un proceso a partir del cual cada individuo es capaz de desarrollar su propia autonomía en todo ámbito, admitiendo también que una educación elevada es la que ulteriormente permite “seleccionar” a los hombres de acuerdo a sus propias cualidades, una selección que, por supuesto, no tiene matices evolutivos ni tienden hacia una parcelación racial de los seres humanos.

generaciones que habrían de surgir a partir de la modernidad? Por una parte lo ya indicado, la construcción del paradigma docto, el cual deja de lado precisamente el carácter formativo de la educación, para desplazarlo hacia una comprensión crítica de la misma, tendiente hacia el juicio del pasado expresado por el satisfactorio producto de ese encadenamiento de errores que encontrarían su redención en la generación de hombres modernos, los doctos. Pero esa misma idea de la historia produce lo que llamaremos el embotamiento de las nuevas generaciones, embotamiento que no es más que el resultado de la educación inspirada en este delirio parusístico de la modernidad.

El problema de fondo que suscita el historicismo, especialmente en referencia a la educación, reside en la disminución de la capacidad creativa de los jóvenes, en la merma de sus facultades artísticas, entendiendo por artístico el poder de los individuos de apropiarse no sólo de sí mismos, sino que de su presente y determinarlo como la base a partir de la cual pueden construirse los medios sobre los cuales es la vida la que se ve llevada a la acción. “La formación histórica de nuestros críticos ya no permite que se concrete un efecto de sentido propio, es decir, un efecto sobre la vida y la acción. . .” (Friedrich Nietzsche, 2011: 718-719).

Sería, entonces, justamente ese carácter de inefectivo del historicismo el que operaría detrás del embotamiento de los jóvenes (y de la cultura en general). Una inefectividad que nada tiene de parecido a las nociones de efectividad propias de nuestra sociedad productivista (volveremos sobre este punto). Una Historia y una educación, incapaces de generar efectos en la vida de los hombres es una historia condenada a la inmovilidad, la cual como fruto tendrá, en el mejor de los casos, la mediocridad en los acontecimientos humanos. Dejo abierta estas consideraciones que, a mi juicio, son evidentemente aplicables a nuestro presente.

Si detrás del impulso histórico no obra un impulso constructivo, si no se destruye y despeja para que un futuro ya palpitando en la esperanza levante su casa en el solar rescatado, si obra exclusivamente la justicia, el instinto creador se debilita y se desanima (Friedrich Nietzsche, 2011: 725).

Lo hasta aquí manifestado, el embotamiento, sería la enfermedad, el diagnóstico, pero como bien sabemos, toda enfermedad presenta una sintomatología, la que en este caso para Nietzsche es el asco:

Dicho sin ambages ni florituras: la masa de lo que afluye es tan grande, lo desconcertante, bárbaro y violento penetra tan irresistiblemente, ‘acumulado en repugnantes pedazos’, en el alma juvenil, que ésta sólo sabe salvarse refugiándose en

un deliberado embotamiento. Allí donde en el fondo ha habido una conciencia más sutil y poderosa sobrevive acaso también otra sensación: el asco. La persona joven se ha convertido en un apátrida y llega a dudar de todas las costumbres y conceptos. Sabe entonces que en todas las épocas las cosas han sido distintas, que no importa que uno sea de tal o de tal otro modo (Friedrich Nietzsche, 2011: 727).

De la cita anterior, dos consideraciones: primero, cabe destacar el equívoco que supone el pensar que la historia es una secuencia lógica. Un equívoco difícil de ver bajo el prisma de la educación y la moral occidental, aún hoy, cuando lo que a todas luces se nos presenta a la vista es más bien lo contrario, que la historia es fragmentaria, pedazos desconcertantes, bárbaros y violentos que si los reunimos, jugando un poco a armar un rompecabezas, es sólo con el fin de darles algún grado de inteligibilidad. Y en segundo lugar, el que la consecuencia de este equívoco sea la duda (de las costumbres y conceptos) genera un “automático” sentimiento de desarraigo, del cual, como se desprende de la cita, lleva al joven al embotamiento, lo que a su vez me lleva a repetir la misma inquietud que se sugería más arriba: ¿están estas consideraciones muy lejos de nuestra actualidad? ¿Cómo podríamos caracterizar a la juventud de hoy? De ser pesimista: ¿podemos culpar exclusivamente a los jóvenes?

El historicismo se nos presenta entonces como una seria amenaza, cuyas consecuencias no serían inmediatas, lo que ciertamente aumenta la necesidad de hacerle frente de alguna manera. Contra toda virtud enaltecida y todo vicio condenado por la modernidad, el historicismo deviene en una suerte de fanatismo por lo estéril, instalando la idea de que los problemas humanos se resuelven en el escritorio y no en la existencia concreta. La densidad de los libros doctos y la frialdad presente en ellos dan cuenta de los efectos perjudiciales directos del historicismo, libros que por supuesto son aquellos con los que las nuevas generaciones se han de educar bajo la sombra de la infecunda ilusión del Fin de la Historia.

En gran parte la depauperación de la filosofía (y de las humanidades, en general) constatable en la actualidad, se debe a esta esterilidad intelectual, al plenamente justificable alegato de que estas disciplinas no son más que vano parloteo y jerigonza intelectual, pero que en nada aportan a la vida misma, en tanto experiencia y acción. ¿Qué política, qué sistema educativo, qué paradigma humano se nos presenta hoy bajo una impronta filosófica reconocible? Cuando mucho, en la inspiración originaria de estos ámbitos. Pero no más. La educación y las humanidades se han degradado al punto de seguir parámetros que, al menos desde nuestra perspectiva, son muestra de la decadencia en la que se

encuentra el ser humano desarraigado de sus fines “espirituales” más nobles y elevados, parámetros que paso a esbozar.

4

Asumamos que la educación es búsqueda de la verdad, o mejor dicho desde la filosofía nietzscheana, de las verdades que nunca podrán presentarse como eternas y que perpetuamente entran en diálogo con otras concepciones de lo que es la verdad, lo que constituye el carácter agonístico de la filosofía y de la humanidad.

Pero con el historicismo debemos escribir la Verdad con mayúscula. La tarea de la humanidad es la apropiación de esa Verdad, y eso sólo es factible con un convencido espíritu científico, es decir, cuando filosofía, historia y educación se transforman en ciencia. La ciencia se apodera de aquellas parcelas que, legítimamente, a lo largo de la historia humana se han encontrado fuera de la jurisdicción científica, lo que no significó de ningún modo una oposición radical entre ambos espíritus (el científico y el humanista, por llamarlo de alguna manera), ni tampoco impidió que incluso pudiera existir un cierto apoyo mutuo entre ambas miradas. Sin embargo, la modernidad historicista empuja al hombre, viejos y jóvenes, a producir esa Verdad, a encontrarla tal como se puede encontrar oro en una mina. Pero, las consecuencias en el caso que tratamos ya han sido manifestadas.

Os aseguro que si los seres humanos han de trabajar en la fábrica científica y rendir antes de estar maduros, al poco tiempo la ciencia quedará tan arruinada como los esclavos consumidos antes de tiempo en esta fábrica. Lamento que ya sea necesario emplear la terminología de los traficantes en esclavos y de los patronos para caracterizar tales comportamientos, que debieran concebirse en sí al margen de toda consideración de conveniencia, sustraídos al apremio de la vida: pero involuntariamente afloran a los labios las palabras ‘fábrica’, ‘mercado de trabajo’, ‘oferta’, ‘rendimiento’ –y toda la serie de verbos auxiliares del egoísmo– cuando se trata de describir a la más reciente generación de eruditos. La compacta mediocridad es cada vez más mediocre, la ciencia, en sentido económico, rinde cada vez más (Friedrich Nietzsche, 2011: 728).

Inevitablemente, el afán moderno-historicista desemboca en la obligación por rendir, por producir. Algo que a todas luces ha permeado en cada ámbito de nuestra cultura, la autoimpuesta obligación de los resultados concretos y acabados, obligación que no lejos está de ser una obsesión delirante –aunque, ya lo es en muchos casos. Si en el último cuarto

del siglo XIX con Nietzsche ya se hacía evidente esta cultura de la eficiencia, surgida de la idea historicista, hoy es una situación que ya se ha exacerbado, y son múltiples los autores que han teorizado sobre el asunto (Benjamin, MacLuhan, Baudrillard, la escuela de Francfort, Lipovetsky, entre otros).

5

El gran combate de Nietzsche, si es que así podemos llamarlo, es contra el nihilismo, y si bien ese combate aún no es declarado en la época en que se escribe el texto aquí analizado, es fácilmente constatable en sus páginas. Si nos quedamos con el diagnóstico que hace Nietzsche de la Historia, y la educación y la cultura que de ella emergen, evidentemente puede caerse en una visión nihilista, en el sentido de que siempre es más fácil el conformismo que la acción. Conformismo que en este caso sería la aceptación de las nuevas condiciones de la sociedad “intelectual” y, con ello, el congelamiento de toda tentativa de elevar los nuevos puentes que conduzcan hacia el hombre del mañana.

Para Nietzsche el remedio contra la enfermedad historicista, que permitiría retonificar las fuerzas humanas e iniciar una nueva búsqueda de los fines más elevados de nuestra especie (la autoafirmación de la vida, especialmente) es doble: el ahistoricismo y el suprahistoricismo.

Con el término ‘lo ahistórico’ designo el arte y la fuerza de poder olvidar y encerrarse dentro de un horizonte limitado; llamo ‘suprahistóricas’ a las potencias que desvían la mirada del devenir y la dirigen hacia aquello que confiere a la existencia del carácter de lo eterno e inalterable, hacia el arte y la religión (Friedrich Nietzsche, 2011: 746).

Lo ahistórico remite fundamentalmente a la envidia al animal de la que se habla en el comienzo de esta intempestiva, a ese estado ideal que sería vivir sólo en el presente, libres del peso del pasado y de las responsabilidades del mañana. Mientras que lo suprahistórico remite a la grandeza, a la capacidad que tiene el animal humano de, pese a toda su pequeñez respecto al cosmos, realizar obras que manifiesten sus constitutivos más vivificantes, tales como la mencionada autoafirmación de la vida, la voluntad de poder, el deseo de “grandeza”...

... confío en la potencia inspiradora que a falta del genio lleva el timón de mi nave, confío en que la juventud me haya guiado bien al obligarme ahora a protestar contra la educación histórica de la juventud del ser humano moderno y a sostener

la protesta de que el ser humano debe aprender, ante todo, a vivir y sólo ha de usar la historia al servicio de la vida aprendida (Friedrich Nietzsche, 2011: 743).

Esta última cita nos sirve contra la posible objeción de que la historia, según lo indicado, sería una disciplina inútil, o más gravemente, indigna de ser enseñada. Todo lo contrario, pues leemos en ella la necesidad de la historia, pero puesta ésta en su lugar, es decir, como una herramienta de la constitución de un nuevo hombre, un hombre que ha de establecerse a sí mismo de acuerdo a sus propias potencias, y no de acuerdo a ideales vacíos o pretensiones transmundanas. Incluso podemos defendernos contra la posible objeción de que Nietzsche es mucha poesía y poca sustancia. De este modo, -y esto es algo que atañe a las humanidades en general, y a su relación con las ciencias que nunca debe ser descartada-: ¿podemos pensar en una disciplina humana, elevada, que no se oriente hacia la consecución de metas precisamente elevadas?

A mi juicio, de no ser este el enfoque de la práctica de las actividades humanas que se pretendan como un aporte significativo a la especie, perderían éstas su sentido, y con ello, darían la razón a las voces productivistas que relegan a la categoría de mero ocio estas actividades que, si bien surgen del ocio, sus objetivos se encuentran mucho más allá de ser una simple diversión o esparcimiento. ¿Utopía? No. De ninguna manera se hace necesario reducir la discusión a términos resultadistas, cuando de lo que se trata es de caminos que el hombre ha trazado en el afán de entenderse a sí mismo desde los orígenes de la cultura humana.

Bibliografía citada

NIETZSCHE, Friedrich. (2011). *Obras completas I*. Madrid: Tecnos.

Bibliografía consultada

HEGEL, G.W.F. (1989). *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*. Madrid: Alianza.

KANT, Emmanuel. (2006). *Filosofía de la historia*. México: FCE.